

“HISTORIAS DE MUJERES”

Martha Minor

LA CABAÑA DE MIS SUEÑOS

Desde siempre lo supe... mi espacio es mi hogar, este pequeño lugar en el mundo que considero tan mío. Me agrada estar aquí, ¡lo disfruto tanto! Puedo describirlo viendo solamente con los ojos de la imaginación...

Al entrar veo el pequeño jardín con el pasto siempre verde y bien cuidado, el pinito que alcanza más del metro de altura, los rosales cuajados de rosas: rojas, anaranjadas, amarillas, otra casi morada y que sembré con tanto amor cuando llegué a éste lugar; las Nochebuenas que he ido plantando año tras año y que florecen aún en primavera... todo invita al relajamiento y la tranquilidad...

Luego viene la puerta de hierro forjado con su ventanita, abierta durante los calurosos meses de primavera y estío y cerrada durante el otoño e invierno, que permite la entrada de los ruidos de la calle y el canto de las aves; la pequeña cocina que, con sus olores, despierta en mí tantos recuerdos... el aromático café, las jugosas manzanas, los mangos y los plátanos en el frutero.

La estancia que alberga el comedor y la salita con las vitrinas y mesitas con objetos que he conservado a través del tiempo: desde las cenizas de mis queridas mascotas que han partido al Puente del Arco Iris, hasta los platos sobrevivientes de la vajilla francesa de mi abuelita paterna, pasando por piezas de cerámica, arreglos florales y fotos de mis seres queridos.

Sentada en una silla del comedor, observo el relajante color violeta de las paredes y mi vista se deleita al contemplar los cuadros con fotos y pinturas. Mi vista poco a poco, se detiene en un cuadro que representa una cabaña rodeada de un bosquecillo de grandes pinos, el agua de un riachuelo corriendo cerca y, al fondo, blancas montañas nevadas. Se trata de la “cabaña de mis sueños” y siempre ha sido mi refugio personal; la imagino cálida y confortable, con una chimenea donde el fuego permanece encendido, las paredes cubiertas de estantes con mis libros, los sillones cómodos, el suelo cubierto con una suave alfombra, la cocinita con café siempre caliente, la alcoba con un hermoso baño. Ese sería mi espacio... más como sólo existe en mi imaginación decido permanecer sentada en la silla del comedor, desde donde puedo ver mi hogar... y convertirlo en “mi espacio” para soñar y también para escribir.

Se podría decir que mis mañanas casi no se distinguen de mis tardes. Tanto mi esposo como yo permanecemos largo tiempo en casa, estorbando en ocasiones nuestras mutuas actividades, pues yo no trabajo desde hace algunos años y él se jubiló. Así que, únicamente puedo disfrutar de mi espacio personal en completa calma y soledad cuando él sale; en ocasiones es por la mañana y en otras por la tarde. Cuando yo era joven deseaba que él pudiera estar siempre conmigo... ¡ay, sin saber que nuestros deseos llegan a cumplirse y no siempre son como los imaginamos!

Finalmente, puedo ubicar mi espacio, mi lugar personal, y junto a una humeante taza de café, recorro con las yemas de mis dedos las hojas en las que escribiré, puedo sentir su textura, su suavidad pues aún no escribo nada; luego siento como la pluma se acomoda en mi mano, se puede decir que se amolda a ella; dejo que los olores familiares acudan a mí: el café recién hecho, el pan que dentro del horno comienza a esparcir su delicioso aroma, las manzanas con canela que preparé hoy de postre... realmente es delicioso: HUELE A HOGAR. Y ahora, me dispongo a tomar para mí, como hace tiempo hizo la Princesa Ameyahle robándole al Dios del Viento, La Escritura.

Me llamo Martha Estela.

Martha es un nombre de origen bíblico que proviene del arameo y de la raíz "mar" que significa Señor y se usaba para designar a los Sacerdotes Orientales. Su derivación femenina significa Señora, Dama, Ama de Casa.

Martha es un nombre fuerte y se caracteriza por ser decidida, intuitiva y temperamental. Tiene un gran sentido del deber y le gusta sobresalir en todo lo que hace. Es posesiva, pero da lo mejor de sí misma a las personas que ama. Me identifico plenamente con él.

Cuenta la leyenda que en Tarascón, provincia de Provenza, en Francia, habitaba un monstruoso dragón que asolaba la región matando a todos los que tenían la desgracia de pasar cerca de sus dominios. Una doncella llamada Martha llegó al poblado y llevando una copa con agua bendita fue en busca de la bestia, al encontrarla oró por ella, lo roció con el agua y hablando le hizo ver el dolor que causaba con las muertes que provocaba. El animal, conmovido, la escuchó y

doblegándose permitió que la doncella le amarrase con un cordel que colgaba de su vestido y así lo llevase hasta la aldea en donde todos se admiraron de esto, siendo desde entonces considerada como una santa.

Mi madre decidió que yo nacería en su casa y no en el hospital, y que mi padre, que era médico, la ayudara a dar a luz; no contaba con que yo no estaba bien acomodada para el nacimiento pues mis pies venían por delante. Dice ella que pidió a esta santa que concedía imposibles que yo naciera con salud. Y así fue... ¡gracias a mi padre!

Estela es de origen latino y data de la época medieval, significa Estrella y se deriva del italiano Stella.

Estela es estable, honesta y comunicativa. A veces necesita tiempo para reflexionar y tiene facilidad para hacer amistades.

Mi abuelito paterno decidió ponerme así porque tuvo una hermana que falleció a los 3 años de edad: un gallo saltó sobre su cabeza y por la noche murió...

No me agrandan los apodosos y la única persona a quien permití dármelo fue mi hermano menor, me decía Tita y sólo cuando estábamos a solas: para él fue el diminutivo de Martita.

Mi nombre no provocaba nada en mí. Martha era aceptable, pero Estela no me gustaba “nadita”. Y así, pasé mi vida sin pensar siquiera en ello. Hasta que hace poco descubrí su significado, y eso sí que me agradó: “SEÑORA ESTRELLA”... ¡SI, ÉSA SOY YO! Soy una Dama Brillante como una Estrella que irradia luz en dónde está, una brillante luz dorada que ilumina todo a su alrededor. ¡Qué bello!

Suena como música suave a mis oídos, me sabe a café con canela, a pan recién horneado, a frutas frescas, a vinos espumosos y dulces, a exquisitas uvas moscatel, a peras y manzanas maduras, a jugosos cortes de carne acompañados de quesos, a pastelillos con crema. Tiene el olor de las especias, las cenas navideñas, pletóricas de deliciosos platillos: pierna enchilada, huachinango horneado, ensaladas y crema de queso con cilantro; bacalao noruego con aceitunas y alcaparras, chiles en nogada, cochinita al pibil, dulces, gelatinas y pastelillos.

La Dama Brillante se siente suave como pasto verde pisado con los pies descalzos, como reposar la cabeza sobre la mullida almohada, pero también es vigorosa y fuerte como el árbol cuyas raíces yacen firmes bajo la tierra de la cual se nutre y sobre cuyas ramas se mecen y roza sin cesar el Dios del Viento...

Así soy yo... LA SEÑORA ESTRELLA, LA DAMA BRILLANTE...

MIS HADAS MADRINAS

En mis sueños infantiles siempre existieron las hadas. Eran seres de luz que iban por el mundo derramando bendiciones y concediendo los deseos a las niñas y niños que los deseaban con fe. Sí, esa era el Hada Madrina que esperaba con ansiedad cuando la tristeza y la soledad eran mis únicas compañeras...

Amaba profundamente a mi padre. No, más bien, lo adoraba... A mis ojos de niña de tres años, tal vez un poco más, él era como un príncipe: alto, bien parecido, siempre impecablemente vestido y oliendo rico, -¡“bien prestigiado”!- decía él. Era médico en la Secretaría de Marina; tenía varias especialidades, Cirujano, Ginecólogo, Gastroenterólogo, siempre estaba estudiando y preparándose más. ¡Me encantaba salir con él! Naturalmente, ¡solos! ¡Tomada de su mano me sentía como una reina; cuando vestía de uniforme qué guapo se veía! A mi corta edad me daba cuenta de que las miradas se levantaban a su paso; bueno, hoy sé que no sólo era por lo bien que se veía, sino por el grado que tenía, que todos se cuadraban y le hacían el correspondiente saludo militar.

Me llevaba los fines de semana a pasar revista a sus enfermos en el Hospital de Marina; allí pasaba yo de escritorio en escritorio y llenaba mi bolsita de dulces y malvaviscos que las secretarias y enfermeras me regalaban. Veía los ojos de agradecimiento en sus pacientes y eso me gustaba. Al terminar, íbamos a un Dispensario Médico en una iglesia donde atendía a personas sin recursos y les daba medicamentos. Era un buen médico, un buen hombre. Increíblemente, yo a esa edad no me cansaba ni me aburría de verlo ni de acompañarlo... al terminar, íbamos a comer al Café La Blanca y de allí me llevaba a Coyoacán. Recorríamos los puestos, los jardines, tomábamos nieves y escuchábamos al cuenta cuentos... al final, y ya siendo de noche, me llevaba a casa, donde fingía estar dormida sólo para que él me cargara y estar más tiempo en sus brazos, me ponía el pijama y se acostaba a mi lado cantando: *“Martha, capullito de rosa, Martha del jardín linda flor... y así, arropaba mis noches con su ternura y mis sueños con sus cuentos...*

Cierta noche, desperté en sus brazos: me llevaba cargando en la parte trasera del coche... el chofer manejaba... sentía sobre mi rostro su cara húmeda por las lágrimas. ¿Mi papá llorando? ¿Por qué? Al llegar a su consultorio y ajena a

la tragedia que vivía, sólo acerté a abrazarlo y decirle que lo quería. No sé cuánto tiempo estuvimos así. Sentía su dolor y no podía hacer nada por borrarlo de su faz...

Al día siguiente, terminado su trabajo, salimos y me llevó a casa de los abuelos: los quería muchísimo, formaban parte de nuestra vida y los visitábamos con frecuencia. Mi papá entró al despacho de papá Esteban con él y con mamá Mery (sus papás) y la tía Carmen me llevó al jardín a jugar. Tardaron algún tiempo platicando y, cuando salieron de allí habían decidido mi vida... lo vi salir y abrazarme muy fuerte al tiempo que me pedía que fuera una "niña buena" y que "me portara muy bien"... y se fue... dejándome en ese jardín sin decirme que pasaba, ni cuándo volvería...No, no entendía nada... ¿mi mamá y mi hermana iban a venir por mí? En mi mente infantil había tantas interrogantes. Percibía tristeza, veía a mi abuelita llorar y al abuelo consolarla. Y el tiempo fue pasando, y al darme cuenta de que mi papito no iba a regresar por mí... lloré. Y lloré durante mucho tiempo: me dormía llorando y pidiendo por mi papá, despertaba llorando y volvía preguntar por él... y la respuesta era siempre la misma: "papito está trabajando y no puede venir y tú tienes que ser niña buena y portarte muy bien para que él esté muy orgulloso de ti cuando regrese"... Pasaba los días llorando agarrada a los barrotes de las rejas, viendo la calle y esperando a quién no venía... no quería comer, no quería entrar a la casa hasta que el cansancio me vencía y caía rendida sobre el césped. Entonces, papá Esteban me cargaba con ternura y me acostaba en la cama... ¿Cuántos tiempo estuve así? No tengo idea, escuchaba a los abuelos y a la tía rogarme que entrara en casa, que comiera, que jugara, los veía tristes y preocupados por mi salud... pero, no podía hacer nada más que llorar: mi voluntad estaba vencida, mi corazón estaba roto, deseaba lo que siempre había tenido: el hogar seguro donde estaban mis padres y mi hermana, deseaba mi vida de regreso....

Hasta que una tarde mi abuelita se acercó a mí y con mucho cariño fue desprendiendo mis dedos de la reja y, abrazándome, me acercó y acunó en su regazo. Y sentadas así, sobre el pasto, sentí en ella el mismo dolor que había percibido en mi papá, el mismo dolor que sentía yo misma, el vacío de la ausencia... sus lágrimas se fundieron con las mías, compartió su tristeza con la mía, compartió

su amor de madre con mi amor de hija, su ternura, su corazón, compartió su alma ... y diciendo: *“mi niña hermosa, no sufras más, no llores más, porque esto también pasará”*, calmó mi llanto, y a partir de ese momento supe que no estaba sola, supe que podía decirle cuanto sintiera, cuanto me pasara, como lo hacía con mi papá... Esa linda viejecita fue mi primera Hada Madrina, mi primer Ángel de Luz... me dio paz y amor, me dio tanto cariño, tanta ternura, que me hizo desear poder transmitir algún día lo que ella me obsequió.

Cuando veo todo gris, la recuerdo y recuerdo sus palabras: *Mi niña hermosa, no sufras más, no llores más, porque esto también pasará...* Hoy, muchos, muchos años después es mi anhelo que mis nietos me recuerden con tanto amor como yo la recuerdo a ella... Gracias mamá Mery... gracias donde quiera que te encuentres por toda la ternura y por todo el amor que como un Hada supiste derramar sobre mí.

Hoy después de tantos años sé que mi padre hizo en su momento lo mejor que pudo... el motivo forma parte de la historia de vida de mi madre y que compartiré en otro escrito; por ahora solo les narraré la reconstrucción que hemos hecho mi hermana y yo:

“Esa noche mi papá estaba de servicio y es probable que pidiera apoyo a algún compañero para que terminara su guardia. Llegó a su casa y encontró que había una fiesta, con música, comida y bebidas, personas que no conocía, algunas en parejas, unas más en grupos y buscando a su esposa recorrió la estancia y subió las escaleras hasta llegar a su recámara... lo que allí encontró superó sus expectativas: la lámpara medio alumbraba a la pareja que estaba en su cama. No sé lo que pudo pasar por su mente en esos momentos al ver a la mujer amada en brazos de otro hombre... acertó a gritar su nombre y salió dando traspiés hacia la recámara que compartíamos mi hermana y yo. Dando voces llamó a la nana, pidiendo que recogiera en una pequeña maleta mi ropa, mientras abrazaba muy fuerte a mi hermana (que en ese momento contaba con 13, tal vez 14 años) y le decía que no podía llevársela también, pues ella era hija del primer matrimonio de mi mamá quien no quiso que mi papá le diera su apellido... mientras mi papá me

cargaba y salíamos, ella permaneció en la casa llorando y sufriendo tanto o más que yo...”

Durante mi niñez, y creo que como a todos los niños pequeños, no me gustaba comer. ¡Había tantas cosas que hacer, tantas cosas por descubrir, tantas cosas para jugar, tantos libros para leer, para perder el tiempo comiendo! ¡Ay, la hora de la comida no me gustaba nadita!, ¡querían que comiera de todo, y era demasiado, sopa aguada o consomé con verduras, arroz blanco o rojo, guisados de carne de res, pollo o pescado y encima, más verduras! ¡No! ¿Y todo esto para poder comer el postre? ¡Pues bien que me podía pasar también sin él dichoso postrecito! Y cuando me hacían comer a fuerza, el resultado era el mismo: levantarme corriendo de la mesa para alcanzar a duras penas el baño antes del acceso de vómito que venía sin poderlo evitar, ¡ay!

Veía a todos los de casa desfilando ante mí pidiendo que comiera y no era un desfile agradable. Hasta que una tarde, la tía Carmen una mujer con hermosas facciones y un corazón de oro, se sentó a mi lado y me propuso: Niña, si tú comes te voy a contar un cuento y empezó diciendo: “*Había una vez...*” y así abrió ante mí un mundo de fantasía, de princesas encantadas que eran rescatadas por valerosos príncipes que montaban en blancos corceles... Y casi sin darme cuenta abría la boca y comía esperando sus palabras... ¡Increíble! Decían los abuelos... Y así, como el sultán en los cuentos de Scherezada de “Las mil y una noches”, esperaba con ansiedad la hora de la comida, por supuesto, para continuar escuchando los cuentos que la tía Carmen me contaba sin parar... mi segunda Hada Madrina, la noble mujer que con amor y sosteniendo mis manos entre las suyas hacía el milagro de que su sobrina nieta volviera a comer. Con cuanto amor la recuerdo hoy y comparto sus palabras con mis nietos: “*Había una vez...*”

Y así casi sin darme cuenta la vida transcurrió... corrieron los años, pasó mucho tiempo... me casé y el Padre de la Luz me concedió la dicha de tener dos hijos maravillosos que han iluminado mi vida. Si, pero, algo fallaba, ¿Qué era? ¿Por qué lloraba? ¡Si ante los ojos de todos éramos una familia perfecta, una familia feliz!... y culpaba a quién tenía más cerca de mí, a mi esposo, pensando: ¡si tan sólo él dejara de beber mi vida sería distinta, todo estaría bien! Pero no, mi vida se

fue transformando en un infierno... los que han vivido con el alcoholismo de una persona amada saben cómo la vida de quienes le rodean se va destruyendo con el simple sonido del corcho de una botella de licor, con el sonido del líquido mortal al caer sobre un vaso... veía con tristeza como ese ser tan amado, tan admirado, al contacto con el alcohol iba cambiando hasta transformarse en un ser desagradable, desconocido. Fueron muchos años ocultando que hubiera un problema, ocultando la realidad, negándola... mi vida giraba en torno a él, todo cuanto hacía y decía era para y por él...era mi obsesión y así justificaba mi propia locura, mis propios desvaríos. Éramos dos niños viviendo en el cuerpo de dos adultos, jugando un papel inapropiado... Y empecé a negarme a mí misma, para poder continuar viviendo, tuve que adaptarme y dejé de sentir, dejé de pensar, dejé de confiar... hay tantas cosas que contar... pero, esa será otra historia...

Y el tiempo continuó, mis hijos crecieron y yo volví a trabajar. Mi hija iba ya a la universidad y mi hijo estaba en el Colegio Militar a punto de terminar y de ser enviado a quién sabe dónde. Repito, mi vida era un infierno... Muchas veces pensé en poner fin a todo, si, pensé en suicidarme, pero no me decidía, no sabía cómo... Hoy sé que en realidad no lo deseaba. ¡Si tonta no era! Cerca de mi casa se encontraba un grupo de A.A. y una tarde, armándome de valor, entré...se trataba de un Grupo de Familiares de Alcohólicos, Al Anon. ¡Bendita sea la hora en que fui conducida a ese lugar! Había muchas mujeres que sonreían y me decían que estaba en el lugar indicado... escuché... y me pareció más que una locura que sonrieran ante los problemas que enfrentaban... pero pudo más mi curiosidad y continué acudiendo, y mis oídos, y mi corazón y mi mente se abrieron ante otro mundo... Nadie me aconsejaba, nadie me exigía nada, todo era a mi propio tiempo y a mi propio ritmo...y me dieron un gran y fraternal abrazo que llegó hasta mi alma tan devastada... y así, poco a poco fui sanando y ahí encontré a mi otra Hada Madrina, se llama Magda, se trata de una mujer maravillosa que, sin ningún interés y sólo por habérselo pedido yo, se convirtió en mí Madrina y me ha guiado con su luz a través del abismo en que había convertido mi vida... Magda, es más que una simple Madrina, es una terapeuta que me enseñó a respirar, me enseñó a pensar,

me enseñó a comprender, a volver a sentir, a volver a confiar... y sus palabras mágicas fueron: *¿Quién eres?*

A través del deseo de saber quién soy, he recorrido un camino hacia mi luz... Ha sido un proceso lento y azaroso que no siempre es fácil. Me sentía como si estuviera luchando por salir a flote de un caudaloso río... hasta que dejé de luchar contra la corriente y escuché, y me dejé llevar que mi corazón descansó. ¡Hoy estoy profundamente agradecida! Con el Padre de la Luz, que siempre ha estado a mi lado y que me sostenido y enviado a esas Hadas Madrinas que han hecho mi vida más llevadera y agradable, estoy agradecida por todo cuanto me ha tocado vivir pues ha sido a través de esas vivencias que hoy puedo gozar de la paz, de la serenidad, de la esperanza, del amor...

La Señora Estrella volvió a la vida, la Señora Estrella volvió a brillar y ahora con una luz propia... que hoy sé no se extinguirá ni cuando el vestido, que es ahora mi cuerpo terrenal, sea desechado con la muerte y el renacer en otro plano espiritual...

SIEMPRE, VIDA, RECUERDO.

Es verdad... el recuerdo aún duele... tanto como si hubiese sido ayer.

Desde siempre fuimos afines... pero ¿con cuál persona no lo era? Fue así desde pequeño, aun antes de hablar lo hacía con la mirada. Transmitía confianza, amor y paz. Guapo, carismático, extremadamente sociable... Así era mi hermano. Sorprendía a todos con sus detalles. Siempre era el primero en felicitar a sus familiares, amigos, conocidos en sus cumpleaños o aniversarios. Siempre pendiente de la unidad familiar, siempre pendiente de todo... siempre con la sonrisa a flor de piel, dando lo mejor de sí mismo, disfrutando todo y a todos, bebiéndose la vida a grandes sorbos.

Era militar y le gustaba serlo, su vida era intensa y plena. Era una eterna fiesta. Gustaba de reunirse con todos y festejar la vida. Siempre había un motivo para ello. Cuantos le conocieron sabían que podían contar con él... desde chico decía que iba a morir joven. ¿Cómo lo sabía? Lo ignoro, sólo sé que estaba invariablemente un paso adelante de todo suceso. A pesar de ser más joven que yo siempre nos llevamos bien, entre nosotros no hubo un sí ni un no. A su lado me sentía segura, protegida, tenía la certeza de que no había nada ni nadie que pudiera dañarme ni a mí ni a mi familia. Todo parecía perfecto: tenía el trabajo ideal, la esposa ideal, los hijos ideales, la vida ideal...

Trabajaba en Los Pinos coordinando la seguridad del Presidente. Siempre que nos veíamos, mi hermano me abrazaba con fuerza, poniendo en ello mucho, mucho amor. Las risas, los recuerdos agradables, los planes cercanos... todo quedó ahí. Quedaron los planes truncados, el futuro cercenado por el brazo del destino... Dolor, eso quedó también... mucho dolor. La impotencia ante la realidad. Ni en mis peores pesadillas soñé ese sentimiento de devastación total, de amargura infinita que aún hoy al recordar me invade.

Recuerdo ese día como si hubiera sido ayer...

La noche anterior habíamos hablado por teléfono. En ese momento yo atravesaba una difícil situación y él estaba pendiente de su hermana, de su cuñado, de sus sobrinos. Se despidió de mí diciendo que todo lo que era posible hacer estaba hecho, que los hilos que debía mover se habían movido ya, y sólo

quedaba esperar los resultados. Me pidió que fuera fuerte para todo lo que me faltaba por vivir y que afrontara el futuro con coraje y valentía, que él no me abandonaría y siempre estaría a mi lado, y, con la promesa de vernos el fin de semana y un te quiero, nos dijimos adiós. Fue su despedida... curiosamente se despidió de la misma manera de todos y cada uno de sus seres queridos.

La primavera recién comenzaba. La naturaleza florecía. Muy temprano al día siguiente, se despidió de su esposa y de sus hijos con un beso, y al llegar a la puerta volvió una y otra vez a despedirse y a besarlos. ¿Sabía tal vez que eran los últimos besos que les daba? La duda queda... El destino lo esperaba.

Al llegar a Los Pinos lo esperaban ya para trasladarlo junto con otros Jefes y Sub Jefes del Estado Mayor al Hangar Presidencial de donde salieron en un helicóptero que los trasladaría al estado de Oaxaca. Había neblina y el helicóptero, tan moderno y sofisticado que era utilizado para trasladar al propio Presidente de la República, chocó contra un cerro. Y la vida de diez hombres terminó...

Dijeron que fue un error humano... después supimos que no fue así, que el helicóptero fue bajado por medio de proyectiles... pensaban que era el Presidente quién viajaba en él. También dicen que los medios de comunicación difundieron la noticia con rapidez, por la radio y la televisión.

Era de noche cuando llegué con mis dos hijos y mi cuñado a la casa que habitábamos en Puebla. Llegábamos después de ver a mi esposo que se encontraba detenido. Nuestro estado de ánimo no era precisamente el mejor. ¡Dios, que soledad! ¡Cuánta impotencia! ¡Cuánto dolor! No sabía cuánto más iba a enfrentar en el futuro. No había escuchado noticias, ni deseaba hacerlo. Mientras mis hijos subían a sus recámaras a cambiarse, yo fui a la cocina a preparar la cena.

Ya era tarde cuando llegó mi primo y abrazándome dijo: Tienes que ser fuerte, muy fuerte porque acaba de ocurrir una desgracia, el helicóptero donde viajaba Toño (mi hermano) cayó y no hay sobrevivientes... y mi mente fue un caos total... ¡NO! ¡NO! ¡NO! ¡No es posible! ¡Tiene que haber un error! ¡Esto no está ocurriendo! ¡Es un mal sueño, es una pesadilla y pronto voy a despertar! ¡El no puede estar muerto! ¿Por qué tuvo que ser él? Si mi hermano era muy joven, si mi hermano tenía aún una vida por delante... Si la noche anterior hablamos y no me

dijo que se iba a morir... Ay, Dios nunca pensé que la muerte dolería tanto... nunca pensé que vería como mi alma se partía en cachitos sin poder hacer nada... nunca pensé tocar mi alma y sentir cómo sangraba... nunca pensé que cada milímetro de mi cuerpo gritaría de dolor, de ira, de rabia contenida... nunca pensé vivir tanta impotencia... nunca antes me sentí tan devastada...

En ese momento, sí que conocí la soledad... sí que conocí la impotencia... sí que conocí el dolor... lágrimas amargas acudieron a mis ojos nublando aún más mi vista y mi entendimiento... pensé en mi madre, pensé en mi cuñada, pensé en mis sobrinos... pensé en mi esposo encerrado en una celda... pensé en mi hermano a quién no volvería a ver, a quién no volvería a abrazar, con quién no volvería a platicar... en mi hermano para quién no llegaría un día más, en mi hermano que no volvería a abrazar a su esposa recién embarazada, en mi hermano que no estaría cuando su hija naciera, en mi hermano que no vería crecer a sus hijos... ni calmaría su llanto, ni vería sus luchas y triunfos infantiles, sus logros al llegar a la adolescencia y finalmente a la madurez, y una profunda tristeza se instaló de mi y aún me acompaña... y el abrazo de mis dos hijos, que lloraban y me abrazaban fuertemente me volvió a la realidad.

Como en un sueño recuerdo el viaje a México del brazo de mis hijos, la llegada a la casa de mi hermano dónde se encontraban mi mamá, hermanas, sobrinos y amigos esperando el momento para acudir al Velatorio Militar, la llegada de los carros fúnebres que transportaron los cuerpos desde el aeropuerto al velatorio, la llegada constante de las personas que conocieron y apreciaron a mi hermano y que llegaban de distintos puntos de la República a darle el último adiós; el propio Presidente de la República con su Gabinete y algunos Gobernadores montando una guardia especial, dando las condolencias a los deudos, y al final los últimos honores militares antes de llevarlo al crematorio...

La misa en la iglesia de la Defensa con la pequeña urna que contenía las cenizas que una vez formaron el cuerpo de mi hermano... el traslado de esa pequeña urna a la iglesia de Echegaray en donde aún reposan... el llanto, el desconsuelo, la desesperanza... fueron el final.

Muchas veces pregunté: “¿Dios, en dónde estabas?” “¿Por qué te lo llevaste, habiendo tantos enfermos, tantas personas sanas que se quitan la vida?” Y, Él no me contestaba... o yo no lo escuchaba... Y la vida continuó...

Al poco tiempo y gracias a la ayuda oportuna de mi hermano, mi esposo salió de la celda...y pudo resolver los problemas que lo llevaron ahí. Pero esa, es otra historia.

Mi cuñada, aunque ha tenido parejas, ha decidido permanecer soltera, he llegado a conocerla, a quererla y a admirarla. Aunque ha contado con la ayuda de sus papás, ha sido madre y padre para mis tres sobrinos y los ha hecho un hombre y dos mujeres de bien, con buenos sentimientos, con buenos principios y grandes valores.

Desde entonces, quise compartir mi vida con ellos, y he estado a su lado en los buenos y en los malos momentos, en sus alegrías y en sus penas. Estuve cuando se enfermaban, cuando tenían fiestas y festivales en la escuela, cuando los han operado o han estado en el hospital. Estuve para cuidar de ellos los fines de semana en que mi cuñada volvía a mí su carita desesperada y decía: ¿Te los puedo dejar? Estuve junto a ellos cuando me preguntaban por qué su papito ya no estaba, y yo les contaba cómo era él cuando fue niño. Me han compartido sus primeros amores, sus primeras desilusiones. Y tanto mi cuñada, como mis sobrinos, me han correspondido con creces, dándome su amor. Creo que eso le hubiera dado una gran felicidad a mi hermano...y a mí, y a mi familia nos la ha dado.

Han pasado muchos, muchos años... y aún me duele recordar... pero, después de llorar mucho por su ausencia, después de sufrir mucho por su muerte, después de pensar mucho en el sentido de la vida y en el sentido de la muerte, decidí seguir su ejemplo y ser más como mi hermano fue... Hoy no temo a la muerte, porque sé que no voy a estar sola en el momento de partir...

Hay ocasiones en las que me gusta ir a la cripta que guarda sus cenizas y platico con él como si estuviera allí... y esto alivia mis penas cuando las he tenido, mis dolores y preocupaciones, también mis lágrimas cuando las he derramado...me parece escuchar su voz y sus consejos...

Decidí como él ser una guerrera, decidí que si amaba no iba a callarlo, decidí cuando fuera feliz, demostrarlo, decidí también reír, decidí que sólo por hoy daría todo lo bueno de mí a quienes amo, decidí que hoy voy a vivir...y a vivir con plenitud!

EL ESPEJO DE AGUA

Mi visión en el espejo... ¿Por dónde empezar? ¿Qué veo? ¿Qué imagen me devuelve el espejo?

Veó mi cuerpo reflejado en el espejo: los años no han pasado en vano y han hecho lo suyo. Veó una mujer de 59 años con el rostro ajado y surcado por algunas arrugas, la verdad hay que decirla (aunque algunas amigas opinan que estoy bastante bien y que mi piel y mi figura luce mejor que la de algunas con menos años), los años pasan y...pesan.

Vi mi cara con la tez muy limpia y casi sin imperfecciones, producto de un cuidado de toda la vida, de desmaquillarme y usar cremas humectantes antes de dormir todas las noches, aunque sea muy tarde y esté muy cansada. Sí, alrededor de los ojos hay bolsas y ojeras que le restan tersura, y alguna que otra arruga: la piel no es ya elástica ni firme y, por supuesto que sé la respuesta: ¡la vejez llama a mi puerta!

Mi peso no es aún el ideal, pero estoy bastante mejor que hace algunos años en que me abandoné totalmente y aumenté 23 kilos (de los cuales he disminuido ya 18),... mi cuerpo es dócil y responde a los cuidados, sin embargo los senos, aunque han disminuido notablemente, cuelgan flácidos (la fuerza de gravedad hace lo suyo) y ya no son firmes ni erguidos, tienen la marca de una operación de cáncer, del cual soy sobreviviente...

Continué inspeccionando mi cuerpo y veó las cicatrices que han dejado otras operaciones: en el vientre la cicatriz de dos para extirpar la matriz y los ovarios y, aunque han pasado muchos años, aún se ven junto con esa grasa abdominal que no logro eliminar...la piel en los brazos cuelga también flácida... las piernas, que siempre me gustaron, firmes y bien torneadas ya no lucen igual... una larga cicatriz corre por el muslo izquierdo y es el resultado de una operación de reemplazo de cadera. Durante muchos años sufrí tanto dolor físico que decidí no verla más...hasta hace relativamente poco tiempo.

Sí, fue hace relativamente poco tiempo que decidí hacer las paces conmigo misma... y el resultado ha sido sorprendente!

Vi a Martha, la Señora Estrella... y al dialogar con ella no sólo puedo decirle que es una mujer bonita aún, bien conservada a pesar de los años y que me gustan las emociones y sentimientos que se reflejan en ella. Hay luz en su mirada, luz que transmite el amor que vibra en cada partícula de su ser y que comparte con cada criatura cercana... Pero, La Señora Estrella no siempre fue así.

Desde pequeña me gustó ver mi imagen reflejada en el espejo. En la casa de los abuelos había uno casi en cada habitación: en las recámaras por descontado estaban en los muebles del tocador, en los baños, en el comedor, en las vitrinas que guardaban lindos juegos de copas y hermosas vajillas importadas, en la cantina que albergaba botellas con gran variedad de licores. Y en todos ellos yo platicaba con la niña del espejo y ella me ayudaba a sobrellevar la convivencia con los adultos, que no era cosa fácil. ¡Por supuesto, cuando tuve mi propia casa la llené de espejos que me permitieran verme reflejada en cada habitación!

En ese tiempo mi mirada era triste, sin esperanza, sin luz. Apenas llegada a la adolescencia conocí al que habría de ser mi esposo y eso dio ilusión a mi vida, y aquella mirada triste se iluminó por vez primera con la emoción de la esperanza. Y fui viendo como cambiaba en cada etapa de mi vida... cuando me sentía feliz era luminosa, cuando me sentía triste era opaca y sin sentido. Se iluminaba al ver a mis hijos, al ver sus éxitos y logros, se apagaba al ver sus penas... hacía míos sus sentimientos y los reflejaba.

Pensé en el pasado... recordé mis diálogos con La Señora Estrella a través de los años... mis noches de angustia y soledad plagadas de pesadillas y dolor... mis días sin sentido, viviendo por vivir, porque no podía, no me atrevía a poner fin a mi vida vacía y sentido... cuántas veces nos vimos a través del espejo vertiendo amargas lágrimas de tristeza... diciéndonos que no podíamos soportar un día más... fingiendo por la mañana una alegría que estábamos muy lejos de sentir... practicando una sonrisa que brindarle a mis hijos cuando preguntaban por qué papá no estaba y les mentía diciendo que había llegado muy tarde y, como tenía muchísimo trabajo, se fue antes de que ellos despertaran pero les había dejado su amor... cuando sabía que todo era mentira y que su papá no había llegado a

dormir... las constantes borracheras, las infidelidades, las continuas mentiras seguidas de promesas de cambio y de falsas reconciliaciones plagadas de dolor...

Sí, la Señora Estrella siempre estaba ahí, en el fondo del espejo, esperando que acudiera a ella y le contara mis penas... siempre teniendo para mí una sonrisa, una esperanza...

Sentí una variedad de sentimientos: tristeza, dolor, ira, resentimiento y luego de una continua agonía dejé de luchar contra la corriente y solté todo, lo dejé ir, a fin de cuentas nada es eterno, todo tiene un principio, todo tiene un final. Y con esa convicción llegó una dulce resignación y al final la anhelada paz. No ha sido fácil... no es fácil cada día. Es una brega constante, un estar pendiente de mí, en lugar de estar pendiente de alguien más.

Y hoy, al llegar casi al final del camino, al ver muy de cerca la eternidad, siento que mi vida no ha sido en vano. Vi que ha tenido un sentido, un propósito, un fin... La Señora Princesa no ha desperdiciado esa vida tan valiosa, le está dando un nuevo sentido... La Señora Princesa se está conociendo a sí misma y está encontrando un mundo nuevo dentro de sí que parece increíble... se está amando por primera vez, se está abrazando y brindándose a sí misma todo ese amor que antes no pudo o no supo dar... La Señora Princesa está aprendiendo a valorarse y a consentirse, a sentir que es merecedora de todo el amor que recibe a través de cada ser vivo, de cada objeto que está a su alrededor... La Señora Princesa está disfrutando de su creación: de su familia, de sus hijos, de sus nietos, de sus animalitos de compañía, de cada rincón de su hogar, de cada objeto que es capaz de crear... La Señora Princesa está aprendiendo al fin a VIVIR!

La Señora Princesa puede al fin hacer suyas las palabras del poeta:

Muy cerca de mi ocaso yo te bendigo vida,
porque nunca me diste fracaso ni pena inmerecida,
porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino.
Que si extraje la hiel o la miel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas.
Cuando sembré rosales coseché siempre rosas.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno,
más tú no prometiste que mayo fuera eterno.
Hallé sin duda largas las noches de mis penas,
y sin embargo tuve algunas noches serenas...
Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
Vida, nada me debes... Vida, estamos en paz.

ESTA QUE SOY...

Desde muy pequeña he sido consciente de mi sexualidad como parte de mi misma y de que me ha definido como mujer...tal vez fue algo aprendido de mi madre. En mis recuerdos la veo escogiendo muy temprano y con esmero la ropa que usaría, luego seguía el ritual del baño... la veía tan hermosa y entonces comprendía porque mi padre la amaba tanto... cada uno de sus movimientos era sensual, no lo entendía pero me gustaba verla y naturalmente...la imitaba.

La sexualidad es parte de quién soy, está en mi manera de mirar, en mi manera de hablar, en mi manera de caminar, en mi manera de ser, en mi manera de ver la vida.

Al comienzo de mi adolescencia me causaban gran deleite las miradas que seguían mi paso, y aún hoy después de tantos años puedo decir que me agradan las miradas que descubro en otras personas, en ocasiones ante el simple aroma que despide mi cuerpo... Sí, creo que esto me acompañará hasta la muerte...

Conocí al que habría de ser mi esposo a los 16 años, cuando el romanticismo cree que lo puede todo. Él me lleva 6 años y a sus 23 era para mí la culminación de mi cuento de hadas, era el príncipe que venía a rescatarme de la "prisión" en que vivía. En ese tiempo la diferencia de edades era mucha, pues mientras yo veía todo como si de un cuento se tratara, él veía todo desde un punto de vista "mundano": mientras yo me conformaba con un beso, sus hormonas pedían más. Y fue ahí donde empezaron mis problemas: llegó el momento en que me pidió "una prueba de amor"...

La verdad es que, a los 16 años, ni siquiera sabía bien de que se trataba, lo único que tenía bien claro era que no quería que se alejara de mi vida... y acepté. En mi mente infantil, había idealizado mi primera vez... Pensaba que sería hermoso, que luces de mil colores acompañarían la dicha de saberme compartida con el hombre amado, con mi guapísimo príncipe azul! No sabía siquiera qué tenía que hacer, ni cómo podría complacerlo, sólo sabía que lo amaba más allá de todo...

Esa primera vez, lejos de ser bella fue terriblemente triste, terriblemente denigrante. Por principio, me dejé conducir a un hotel de modesta apariencia en donde el encargado me miraba con lascivia; luego, cuando llegamos a la habitación,

un olor desagradable me envolvió, olor a sábanas percutidas y baños sucios. Era todo, menos romántico. No hubo besos ni caricias ni palabras tiernas. No hubo amor, ni promesas de placer. Hubo dolor, hubo insatisfacción, hubo desilusión.

Mil veces me arrepentí de haber tomado esa decisión, y cuando lo definí era realmente tarde: estaba embarazada. Embarazada a los 16 años...

Cuando le dije a él lo que sospechaba se sorprendió y, después de unos días, me llevó a un edificio viejo en el centro de la ciudad. Ahí, subimos por unas escaleras deterioradas y húmedas hasta un consultorio médico. Mi padre era doctor, era agradable verlo, siempre estaba pulcro, entrar a su consultorio limpio era relajante para todos sus pacientes. En cambio, en ese deprimente consultorio, un hombre ya grande vestía una bata blanca, más bien sucia, percutida y no me inspiraba ninguna confianza. Nos pasó a otra habitación y después de revisarme, dijo que yo estaba embarazada: ¡como si fuera una tonta y no lo supiera ya! Ignorándome, se dirigió a él y le preguntó cuándo deseaba hacerlo...

Entonces comprendí: me había llevado con ése médico para abortar. Pero no, eso no era posible, no, porque yo amaba con todas las fuerzas de mí ser a ese pequeño que estaba formándose dentro de mí. Y no me importaban las consecuencias, no me importaba si yo sola tenía que luchar por esa criatura que crecía en mi interior... Me levanté con rapidez y sin voltear una sola vez, salí de ese nefasto lugar, para nunca volver. Mi hijo viviría... era mío y nadie me lo iba a quitar... Qué lejos estaba de imaginar lo que el destino nos tenía dispuesto...

Él salió detrás de mí, me abrazó y me preguntó qué deseaba hacer. Se lo dije: mi hijo iba a nacer, no importaba si él estaba ó no. Y así fue como me propuso matrimonio... no fue por amor, fue por darle un nombre y un apellido al pequeño ser que pronto vendría a formar parte de nuestras vidas. Naturalmente, todos en su familia y en la mía se sorprendieron y sospecharon el verdadero motivo... el tiempo se encargaría de darles la razón.

Empezamos a planear nuestra boda, que tendría que celebrarse en menos de 2 meses. Así fue como me dejé llevar por mi cuñada a ver vestidos de novia que tenían de todo, menos frescura. Sí, mi vestido de novia era propio para una chica mayor de 20 años, yo tenía 16 y ni la ropa, ni el peinado, ni el maquillaje eran

adecuados para mí, ni me gustaban. Pero iba a casarme, iba a casarme con mi Príncipe Azul, y sin duda seríamos felices como en todos los cuentos de hadas, para SIEMPRE.

Y el tiempo pasó, y llegó y pasó la boda. Nuestra convivencia no fue nada fácil. No teníamos los mismos intereses, los mismos gustos, el mismo tipo de educación. Por su parte siempre había reclamos, que yo no comprendía... no era porque fuera demasiado joven, pues tonta, no era... sin embargo, lo que sí entendía era que él deseaba seguir viviendo en casa de su mamá... hasta que una noche, casi al finalizar el séptimo mes de mi embarazo, rompí fuentes y todo se desencadenó. Inmediatamente fuimos al hospital, donde me atendieron con cuidado y esmero... pero me pusieron demasiada anestesia y mi pequeño, mi niño deseado tanto tiempo, no pudo respirar... sólo vivió 5 horas... no lo conocí, nunca lo tuve entre mis brazos... sólo tuve una descripción de él: era muy blanco, con los ojos muy grandes que abría a la par que su boquita intentando respirar, con la barbilla partida como su papá...

Así fue el inicio de mi maternidad, con mucho dolor, con mucho sufrimiento por la ausencia de mi pequeño, con un gran anhelo de tenerlo entre mis brazos, de decirle cuanto lo amo... sí, han pasado casi 42 años de ese momento y aún lo extraño... aún lo lloro, aún lo recuerdo con todo el amor contenido y que he guardado intacto para él...

Siguieron cuatro años durante los cuales mi esposo y yo aprendimos a conocernos, a disfrutarlos, y también a padecernos. Durante ese tiempo deseé con todas las fuerzas de mi ser, ser madre... hasta que finalmente el Padre Azul decidió que era tiempo, que era momento de conceder mis deseos, y fui bendecida con una linda niña de mirada luminosa y sonrisa a flor de piel; cuando la tuve entre mis brazos, agradecí a la vida por la dicha que me había dado, no importaba si no tenía más hijos: ¡era feliz! Y fui nuevamente bendecida con un pequeño de ojos grandes y barbilla partida que me recordaba grandemente a mi pequeñito que se había ido antes... Dios es bueno.

Así, empecé a disfrutar de mi maternidad. La he disfrutado en cada etapa que he vivido con mis hijos. Desde que eran pequeñitos y hablábamos con la

mirada y les contaba cuentos que escuchaban y comentaban con balbuceos, pasando luego por cuando aprendieron a caminar y los tiraba la perrita que teníamos, y cuando fueron por primera vez a la escuela; luego en sus vacaciones, en su adolescencia, en su juventud, en su madurez, en sus penas y dolores, en sus alegrías. Y ahora, que a su vez son padres, los continuó disfrutando tanto como a mis nietos.

Durante mi juventud, y luego durante mi madurez no siempre mi sexualidad fue agradable, pero tampoco fue del todo mala, aunque hoy, a la distancia, me hubiera gustado que las cosas fueran diferentes. Ojalá hubiera podido explorarla con más tiempo y sobre todo iniciarla a otra edad, no siendo tan joven, no forzada por las circunstancias, ni presionada para ejercerla. Tal vez mi vida habría sido más plena.

Esta historia ha sido contada y quisiera pensar que gracias a ella, alguien haya decidido esperar...

Hoy, a través del tiempo y la distancia, y con el conocimiento de lo vivido, me doy cuenta de que mis expectativas no eran ni experimentar mi sexualidad antes de tiempo, ni un embarazo no planeado... yo soñaba con ser doctora, como mi padre; claro está que también soñaba con mi Príncipe Azul que vendría por mí y me daría todo el amor que añoraba, toda la ternura que necesitaba, todos los sueños que imaginaba...

Antes, la mujer era una prolongación de... un hombre. Eso fue lo que viví. Por eso cedí ante su presión. No deseaba ser abandonada. No deseaba estar sola. Y aunque fui fuerte para luchar por la vida de mi pequeñito, no lo fui para continuar sin un hombre. Es por esto que hoy estoy aquí. Viví mucho tiempo con tanto dolor, con tanta amargura acumulada, con tantos anhelos insatisfechos, toda una vida al lado de una persona enferma de alcoholismo que ha afectado sin desearlo a las personas cercanas.

Hasta que después de mucho tiempo, decidí buscar ayuda y la encontré. El camino no es ni ha sido fácil. Aún falta mucho por recorrer. Hoy entiendo que quizá, necesitaba experimentar mi sexualidad siendo muy joven... para recorrer el camino que venía al lado de un hombre que no es el Príncipe Azul que tanto deseé, sino un

buen hombre, un hombre noble que, a su manera tan especial, me ha rodeado de cuidados y de amor. Un hombre que ama profundamente a su familia, a sus hijos, a sus nietos... y creo que también a mi.

MI DESPERTAR

Mis deseos secretos... hasta ahora no había reflexionado acerca de mis deseos, todos esos anhelos secretos que se han ido escondiendo o borrando con el paso del tiempo, con el diario transcurrir de la vida.

Lo primero que me viene a la mente es el deseo constante que, siendo una pequeña de 4 años, formaba mi oración diaria: deseaba que mi papá volviera por mí... anhelaba volver a ese lugar que era mi hogar y en donde solía encontrar a mi mamá, a mi hermana y por supuesto a mi amado papito... ¡no entendía, no comprendía por qué Dios no me contestaba y se hacía el sordo! Ese fue el primer deseo que recuerdo y que nunca se cumplió.

Al ir creciendo otros deseos fueron sustituyéndolo, deseaba que el Día de la Madre y que el Día del Padre mi mamita y mi papito fueran a la escuela como veía que iban todos las mamás y papás de mis compañeros... ¡mientras que a mí en esos días tan especiales me acompañaba únicamente mi abuelo! Hoy, al ser abuela realmente valoro el esfuerzo que mi querido abuelito hacía: él era para mí el padre que no tenía a mi lado y la madre que mi abuelita enferma y sin habla no podía tampoco ser, y cuyo amor sólo me transmitía su mirada... Y me doy cuenta de que mi deseo, aunque no se cumplió, me hizo conocer la fortaleza y el agradecimiento y me ayudó a tocar el amor.

También deseé que el niño que me gustaba y veía yo tan guapo me hiciera caso... pero él ¡ni se daba cuenta de que yo existía! Y, hace poco pasé con mi hija junto a mi antigua escuela primaria. Mientras ella bajaba a comprar algo, yo pude observar un pequeño taller mecánico junto a ella, y que justamente ese niño tan guapo que hacía se me cayera la baba, se había convertido en un hombre nada agraciado, con la cabeza calva y una enorme barriga que, cubierto de grasa, arreglaba un auto... ni siquiera se me ocurrió bajar y saludarlo. Simplemente no me agradó lo que vi y pensé que Dios no se equivocó al contestar a mis deseos.

Y así fui recordando uno por uno casi todos mis deseos... desde tener pronto 15 años, poder ir sola a una fiesta con amigos, conocer al príncipe de mis sueños y casarme con él, tener hijos ¡y ser para siempre feliz!

¡Vaya con mis deseos! Nunca he padecido hambre, por lo tanto no anhelé ni deseé que mi despensa estuviera llena, ni deseé tener ropa bonita, ni joyas, ni una mejor posición económica, no deseé cosas materiales... no eran ni son importantes para mí... lo que realmente importaba era “la felicidad” que ahora sé, es un estado de ánimo y que no depende de nadie más, sino de mi misma. Pero esto último lo aprendí con el tiempo, después de desear y anhelar que mi querido esposo estuviera siempre a mi lado para “poder ser felices por y para siempre”... Hoy que ya está jubilado y permanece la mayor parte del tiempo en casa, me doy cuenta de que los deseos se realizan y que debemos ser muy cuidadosos al elegir lo que realmente deseamos ¡porque se cumple! No es precisamente que no me agrade su presencia, pero sí llega a ser bastante molesto vernos a la cara todo el día...

Durante mucho tiempo anhelé que me amara solamente a mí, cuando a él le gustaba compartir su amor con otras. Al darme cuenta lo único que yo hacía era llorar, reclamar y pensar ¿por qué a mí si soy tan linda, si soy tan buena, si soy casi perfecta, si trato de complacerlo en todo y hacer todo lo que le gusta? No era porque me viera gorda o fea, pues estaba bien formada y no fea, pero, si no era mi físico pues no entendía por qué me engañaba. Yo le daba todo cuanto él quería. ¡Nunca se me ocurrió pensar que tal vez lo que él necesitaba era a alguien que no viviera para complacerlo, sino que también tuviera vida propia!

Y al fin, después de muchos años de permitir infidelidades sin hacer realmente nada, me di cuenta de que yo también tenía una vida y que no tenía que girar alrededor de nadie para disfrutarla...

Fue el principio de mi despertar, pues tal parecía que durante toda mi vida había permanecido dormida y en espera de que el príncipe de mis sueños me despertara con un beso de amor y me hiciera muy, pero muy feliz... *no, no, no*, de repente me di cuenta de que yo era una hermosa mujer que no merecía ser engañada ni vejada por nadie, que era una mujer valiosa e inteligente, y empecé a actuar en consecuencia.

De esto han pasado ya trece años... durante los cuales ha habido de todo. Mis deseos han cambiado constantemente según se han ido presentando las distintas circunstancias en mi vida. Mi principal deseo desde ese entonces ha sido

tener un verdadero cambio en mi vida, suficiente para conocerme realmente a mí misma. Mi cambio inicial fue acompañado por la enfermedad física, por la casi total dependencia de los demás, después de haber sido de mí de quien dependían las demás personas en mi vida. Necesitaba humildad para aceptarlo y requerí de mucho trabajo interno para aceptar con amor que los demás también pueden cuidar de mí; aprendí a sentirme agradecida por no estar sola y a demostrarlo con palabras, actitudes y acciones.

También he deseado que Dios preservara la vida de mis hijos y en todos los casos mis deseos se han visto cumplidos con creces:

Hace ocho años, una noche recibí una llamada de un compañero de mi hijo que me avisaba que había tenido un accidente en su auto y estaba en la sala de operaciones en la Cruz Roja de la ciudad donde lo habían mandado, pues es militar. Mi deseo fue volver a verlo sano, y pedí por su vida... no sin antes culpar de todo al compañero de mi vida... Mi deseo fue concedido y el día de hoy mi hijo está vivo, se casó y tiene dos maravillosos hijos que hacen mis delicias y las de su abuelo.

Mi hija fue secuestrada en dos ocasiones y en ambas tuvo que luchar por su vida. La primera fue hace ya siete años e iban a quitarle la vida: una mujer entre los secuestradores se compadeció de ella dejándola en libertad. Mi deseo fue volver a verla con vida y fue cumplido. La segunda fue hace poco más de un año y mi deseo fue nuevamente verla bien, verla sana. Y Dios en su infinita bondad también me lo concedió. Naturalmente, en ambas ocasiones hubo dolor, golpes, abusos, pero ella está viva, recibió una nueva oportunidad para vivir, para estar con su familia, para criar a su hijo que ¡es un sol en nuestra vida!

Hoy, me doy cuenta de que todos mis deseos, todos mis anhelos se han ido cumpliendo con el paso del tiempo... tal vez no han sido cumplidos de la manera que los pedí, pero se han cumplido... y han sido siempre para mi bienestar. Hoy, mi mayor deseo es que *“Dios me conceda la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar aquellas que si puedo y sabiduría para conocer la diferencia”*. Tengo claro, pues, que mi deseo es tener *serenidad, valor y sabiduría*. Nada sencillo, nada fácil... pero confió en que soy una mujer muy amada por mi Creador y que Él me guiará para que mis deseos, mis anhelos ocultos

sean cumplidos... poco a poco, como han sido cumplidos todos y cada uno de mis secretos y ocultos deseos.